

JOSE Enrique Rodó, que a la sombra de su colina y frente al río que parece mar, esculpía sus parábolas con morosa delectación sabía sentir la alegría dulce y recóndita de la rima entre la idea y su expresión, la emoción y su latido en palabras. "Decir las cosas bien —escribía—, ¿no es ya una forma de ser bueno?"

Y él lo fué en su prosa de gracia perenne, entre esos mármoles que parecen impassibles y en los que palpita la flor de púrpura de un corazón excelso.

Un corazón en el que América da su latido, más claro y profundo. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, su solemne oración en el Centenario de Chile, que es como la confirmación de un pueblo a la altura de sus grandes destinos? Pueblo con vocación de libertad, moldeado en la disciplina severa de su organización republicana, las palabras del maestro, en una plenitud de pensamiento y en una armonía de unidad de América, por el espíritu, constituyen un verdadero análisis espectral de Chile y una profesión de fe en el porvenir del continente de la esperanza.

Supo el maestro de Montevideo unir el culto de la elegancia helénica con la sencillez humilde del Evangelio cristiano y las Florecillas del Santo de Asís. Y así, ¡quién como él para defender con gracia y sabiduría los crucifijos expulsados de los hospitales, sitio de la piedad y del silencio, donde con dulce imperio el Divino Maestro derrama la esperanza sobre los que sufren en la carne pecadora y el corazón lacerado por la congoja del mundo! ¿No es un alarde de la inteligencia, digno de un sofista griego, ver al maestro de los mármoles y las evocaciones helénicas convertido en el tribuno elocuente y ardoroso que defiende en polémica memorable, la piedad cristiana escarnecida por la ignorancia violenta, atropelladora y sectaria?

"Más por fortuna —escribe el maestro—, tales ideas no prevalecerán mientras en el mundo haya dos maderos que se puedan colocar en forma de cruz."

Y en estas palabras sencillas y humildes, el maestro de los mármoles, el escultor de la prosa perfecta, talla en madera rústica, una imagen de retablo primitivo: cruz de los pastores que traen manzanas fragantes, ofrendas de miel y leche, lirios del campo y avejillas del cielo.

Tal fué la virtud de José Enrique Rodó, en la prosa y en la vida: nombrar a cada cosa con su palabra, a cada emoción con su acento, a cada sensación con su imagen fúlgida y eterna. Hombre recoleto y taciturno, en el silencio de su biblioteca en la calle Cerrito de Montevideo, eternizaba el momento fugaz al darle vida en la virginidad de la carilla, cándida. Allí llegaban, como en piadosa peregrinación, los romeros que iban en busca de óleos de belleza. Un día llega Rafael Alberto Arrieta,

*"...iba el peregrino,  
tendidas las alas de su pensamiento:  
dábale el camino su alma del momento  
y él daba el momento de su alma al camino..."*

y, transido de emoción intelectual, escribe una bella página sobre la "voz en penumbra" del maestro. Hasta su retiro se asoma Roberto F. Giusti, sagaz vigía de las letras argentinas y piloto, con el recordado Alfredo A. Bianchi de la inolvidable "Nosotros", empresa del espíritu única en nuestra América.

Y, ¡milagro de una vida hecha claridad de inteligencia y pureza de corazón!, el crítico, a veces implacable, justiciero siempre, abate sus armas y declara leal y noblemente: "Al salir de aquel oscuro portal de la calle Cerrito, comprendí que no me había equivocado algunos años antes, cuando escribía que Rodó debía ser nuestro maestro."

"Nuestro maestro", vale aquí por el maestro de una generación inquieta y batalladora, que se abrazó a causas nobilísimas de justicia social sin abandonar por ello normas de pulcritud mental y elegancia espiritual, que son el distintivo inalienable de la cultura. Ya el maestro había derramado en gracia y belleza su evangelio cuando con suave unción ordenaba "decir las cosas bien". ¡Palabras perennes para inmarcesibles pensamientos! Recuerda Giusti, alados fragmentos de esa página de antología: "Si nos concedéis

## ARIEL TRIUNFADOR: JOSE ENRIQUE RODO

Por ROBERTO MEZA FUENTES

en forma fea y desapacible, verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos." Y el ruego se sublima en plegaria: "Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma. ¡oh, pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la verdad".

Así habla Ariel, genio del aire. Así, con "el beso en la frente" de la palabra bien dicha, de la emoción que rima como un verso en una plenitud armoniosa y eterna.

¿Y qué decir hoy de Rodó en tiempos de confusión, tiempos de odio y frenesí en la Babel desenfundada de las pasiones en un mundo incendiado de guerras, congojas y esperanzas, desesperadas esperanzas?

¿Dónde habrá sitio, siquiera en la penumbra, para sus mármoles y sus parábolas y sus meditaciones, para su amor de Grecia y su pasión de Cristo? Mente hospitalaria, corazón abierto, "Simbad literario", como se retrató él mismo, no rechazó ninguna idea ni se alejó de ninguna expresión en el amor de la verdad y la belleza alentara. "Sed espectadores atentos allí donde no podéis ser actores", reza el mensaje de Ariel.

Y el viejo Próspero, mago y maestro, desde cuyo mirador de maravillas otea José Enrique Rodó el porvenir de América, es el numen tutelar que habla a los jóvenes y les predica con unción sacerdotal la santidad de su destino.

"Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada." Y la entonación magistral va creciendo y creciendo en la sinfonía de las ideas que se confunde con la majestad silenciosa de la tarde en que se apagan los rumores y empiezan a latir las estrellas para sumarse en la admiración y el amor a la plática serena del maestro. Otra vez José Enrique Rodó, que habla "a la juventud de América", ha esculpido en mármol su pensamiento. Mármol, la fragilidad más leve —espuma, nieve, flor—, y la imagen y esencia de la vida eterna, desafío y victoria de la gracia pulcra, fina y elegante sobre el agravio ineluctable de los días, los años y los siglos. ¿Quién nos diría, ¡milagro del espíritu!, que en la gracia leve dé una página que no pesa más que la pluma de un ave, vive y pervive la eternidad del mensaje de un maestro a la juventud de la América Hispánica? Esta América, recordemos a Rubén, cuya silueta grabó para siempre el maestro de Montevideo en un ensayo revelador y entusiasta, "que aún reza a Jesucristo y aún habla en español".

Ariel vive, presente y actual, en la perennidad de su mensaje. "Es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida."

La magia feérica de la comedia shakespereana se ha transformado en símbolo en manos del maestro de Montevideo. Y en Santiago de Chile un escultor chileno, Totila Alberdi ha animado en bronce el combate agónico, trágico y eterno de Ariel y Calibán.

Ariel es la flor que, en actitud de vuelo, nace de las entrañas profundas de la tierra, para elevarse y sublimarse hasta fundirse y confundirse con la flor azul y divina de cielo, Calibán el oscuro, hundido en el humus fecundo es la raíz tenaz que busca en el lodo la substancia elemental y eterna de la vida. El instinto sublimado resplandece en la flor del espíritu.

Y el Ariel Triunfador de Shakespeare y de bronce en el simulacro de Totila Alberdi, fugacidad de agua de cielo del espejo del Paraíso, mar y, contra la cordillera de granito y nieve, su sombra azul de ala vaporosa.

Cae la noche. "La vibración de las estrellas —escribió Enrique Rodó—, se parece al movimiento de unas ir de sembrador."